

Raíz y Razón

México en Centroamérica

POR LORENZO MEYER

LA vida política mexicana presenta continuidades notables, a veces más de las que nos gustaría. Así, por ejemplo, tradiciones tan añejas como la corrupción, el centralismo o el caciquismo han sorteado con éxito cambios espectaculares como el triunfo liberal en el siglo XIX, el de los revolucionarios de 1910 o el proceso de industrialización. Sin embargo, la moneda tiene otro lado un poco más brillante, en donde destaca la política exterior. Independientemente de la personalidad y estilo de quien ocupa la Presidencia; la línea que el gobierno mexicano ha seguido en política exterior desde el siglo pasado es notable por su continuidad. Un ejemplo es el caso de Centroamérica.

★

MI visión muy resumida de los elementos centrales de la acción mexicana en Centroamérica —producto tanto de lecturas como de conversaciones con dos colegas: Irene Zea y René Herrera— son los siguientes:

La Capitanía General de Guatemala no fue realmente una estructura política capaz de sostenerse por sí misma. Como en los casos de Cuba o las Filipinas, una parte del costo de su administración lo sufragaba el reino de la Nueva España, es decir, México. Con la independencia de 1821 la élite centroamericana se encontró de golpe con la independencia. Por un momento, los centroamericanos consideraron conveniente recrear con México algo parecido a su relación con España.

La unión no prosperó, pues México no tenía el mismo proyecto que la élite centroamericana. Muy pronto surgieron dificultades locales de dominación territorial, en particular en el

caso de Guatemala, El Salvador y partes de Nicaragua, que terminaron por envolver al imperio de Iturbide que intentó, sin éxito, imponer el interés central por la vía de las armas. Poco después Centroamérica se separó de México.

A raíz de esta disputa y malentendido original, tanto Guatemala como El Salvador vieron en el establecimiento de una relación estrecha con Estados Unidos una garantía frente a México. Justa o no, México vio en esta política un peligro, pues ello significaría tener al sur del Suroeste a la misma fuerza que enfrentaba al norte del Río Bravo. De ahí que a partir de la segunda mitad del siglo XIX, la política de México hacia Guatemala fuera, en realidad, parte integral de la política general mexicana frente a Estados Unidos. Para el gobierno mexicano, lo peor que podía suceder en Centroamérica en el siglo XIX era que la región se unificara bajo el liderazgo guatemalteco. De ahí que viera con buenos ojos a aquellos líderes y movimientos centroamericanos, en particular en Nicaragua, que se opusieron a una federación centroamericana dominada por Guatemala.

OBVIAMENTE, la capacidad mexicana de influir en el área estuvo limitada tanto por lo escaso de sus recursos como por la enorme y temprana influencia estadounidense en esa zona. El objetivo central de Washington en Centroamérica en esos años fue asegurarse aliados que le dieran los derechos para construir un paso interoceánico —ferrocarril o canal— y se los negaran a Inglaterra.

Desde fines del siglo pasado y principios del actual, don Porfirio encontró conveniente la división política de América Central en microestados. En el hombre fuerte de Nicaragua entonces, José Santos Zelaya, don Porfirio vio al aliado ideal para echar por tierra las pretensiones hegemónicas de Manuel Estrada Cabrera, el dictador de Guatemala. Quizá el entusiasmo mexicano por Zelaya contribuyó a estimular los impulsos nacionalis-

SIGUE EN LA PAGINA OCHO

Raíz y Razón.- México en Centroamérica

Sigue de la página siete

tas y de dominación de Santos Zelaya más allá de lo que los estadounidenses estaban dispuestos a tolerar. La intervención directa de Washington puso dramático fin a la carrera del nicaragüense. Don Porfirio, fiel a su amigo en desgracia, envió un buque mexicano a recogerlo y llevarlo al exilio.

La Revolución Mexicana no varió mucho el camino ya trazado, sólo que ahora la federación centroamericana ya no era un proyec-

to viable. En 1926, y pese a sus grandes problemas internos, el gobierno del general Calles decidió desafiar la ira estadounidense y dio un abierto apoyo político —y algún modesto apoyo material— a la facción liberal nicaragüense de Juan B. Sacasa, enfrascada en una feroz guerra civil contra los conservadores, que tenían el visto bueno de Estados Unidos. El Departamento de Estado acusó entonces a Calles —mediante un "libro blan-

co"— de ser un agente de los "bolcheviques", y Washington volvió a mandar a los "marines" a Nicaragua para imponer su solución. Cuando en 1927-1928 el presidente Calles y el embajador estadounidense Morrow llegaron a un acuerdo en torno al conflicto agrario y petrolero, nuestro país dejó de apoyar, pero no de simpatizar, con el más determinado antilimperialista de entre los liberales nicaragüenses: César Augusto San-

dino.

En los años de la década de los treinta y cuarenta, México encontró pocas posibilidades de acción en Centroamérica, pero vio con gran simpatía el proyecto modernizador iniciado en el país vecino del sur con la revuelta de los coroneles guatemaltecos de 1944 y que puso fin a la dictadura de Jorge Ubico. En 1954 el gobierno de Ruiz Cortines no aceptó legitimar la acción contrarrevolucionaria de Estados Unidos que puso un violento fin al gobierno de Jacobo Arbenz, acusándolo de "comunista" por querer hacer una reforma agraria que afectó terrenos de la United Fruit. A nadie escapa que la actual guerra civil guatemalteca es polvo de aquellos lodos contrarrevolucionarios de hace treinta años.

DESDE 1954 y hasta la caída de la dinastía de Somoza en Nicaragua (1979) la acción mexicana en Centroamérica se limitó a impulsar una modesta relación económica, a sabiendas de que este campo de acción estaba muy limitado por la poca competitividad de nuestras manufacturas y el enorme poder estadounidense en la región.

El auge petrolero y el dramático cambio político que se inició en Centroamérica a raíz de la toma del poder por los sandinistas —cuyo proyecto transformador fue, desde el principio, más radical y antimperialista que el de Arévalo y Arbenz en Guatemala— se abrió de nuevo el espacio para que México y otros países, en particular Cuba y Venezuela, se hicieran presentes en la zona. El interés mexicano

SIGUE EN LA PAGINA NUEVE

Sigue de la página ocho

—no siempre bien entendido por nuestra opinión pública— sigue siendo el de

alentar el afianzamiento de gobiernos y sistemas menos ligados a Estados Unidos, más cercanos a nosotros y, sobre todo, capaces de crear estados más fuertes que pongan fin, de una vez por todas, a la

crónica inestabilidad política de la región. Pese a que la fuerza del petróleo ya se nos fue, el proyecto mexicano sigue en pie, aunque tremendamente complicado por el hecho de que Estados Unidos, y en diferente medida la Unión Soviética, han hecho de Centroamérica un área de la gran confrontación Este-Oeste.

Yo no sé si la política mexicana al sur del Suroeste es viable, sobre todo por la acción de las grandes potencias, pero vale la pena intentarlo. Sin embargo, debemos de ser cautos, no chocar de frente con Estados Unidos, tomar en cuenta la opinión pública centroamericana en toda su complejidad y, por sobre todo, no abrir viejas heridas ni meternos en

donde no se nos llama. Debemos alentar la prudencia en los que apoyamos o con quienes simpatizamos. La historia muestra

que, desgraciadamente, no siempre quien cree tener la razón de su lado puede sobrevivir los embates de sus enemigos, sobre todo

cuando éstos son una gran potencia. La ideología y los principios deben ser atemperados por el sentido común.